

Más palabras grabadas

ORLANDO CASTELLANOS

MÁS PALABRAS GRABADAS Orlando Castellanos



Orlando Castellanos

Más palabras grabadas

Selección de Virgen Gutiérrez

Colección Homenajes
Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana, 2008

Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Ediciones *La Memoria*
Director: Víctor Casaus
Coordinadora: María Santucho
Editora-Jefa: Vivian Núñez

Edición: Norma Padilla Ceballos
Diseño de cubierta: Katia Hernández
Trascrición: Haydée Gutiérrez
Emplane: Caridad Sanabia de León

© Herederos de Orlando Castellanos Molina, 2008
© Sobre la presente edición:
Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2008

ISBN: 978-959-7135-65-4

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla No. 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
centropablo@cubarte.cult.cu
www.centropablo.cult.cu

CENTRO CULTURAL



P A B L O
de la Torriente Brau

Yo creo en la ingenuidad*

CINTIO VITIER
(Cayo Hueso, 1921)
Poeta, ensayista y novelista.

ORLANDO CASTELLANOS: Cintio, primero yo quiero que me hables de la fecha y lugar de nacimiento y de cómo transcurrieron tus primeros años de infancia, en qué ambiente...

CINTIO VITIER: Yo nací en Cayo Hueso, en un viaje que daban mis padres por los Estados Unidos, así que fue por azar que yo nazco allí, pero no me arrepiento, porque tú sabes que ese lugar fue bautizado por los cubanos revolucionarios en el siglo pasado; en realidad se llama Key West y los cubanos le pusieron Cayo Hueso, prácticamente ellos hicieron aquel pueblo, donde ya Martí se encontró, en su primer viaje a la Florida, con una organización de clubes revolucionarios extraordinaria, fue allí donde surgió el Partido Revolucionario Cubano. Martí llamaba a Cayo Hueso “la yema de la República”, o sea, lo que sería la República estaba allí como en germen, ¿no? Pero mi estancia, si así puede llamarse, en Cayo Hueso, yo no la recuerdo, porque fue de días, de manera que yo me considero matancero, porque inmediatamente mis padres regresaron a Cuba, ellos vivían en Matanzas. Mi nacimiento fue el 25 de septiembre de 1921. Y como te digo, mi infancia y mi adolescencia transcurrieron en Matanzas, tanto en la ciudad como en el campo, porque mi abuela materna tenía una finca cerca de Ceiba Mocha, cerca también de un caserío o de un andén de ferrocarril que se llamaba o que se llama Empalme; ella era viuda de un general de la Guerra de Independencia, José María Bolaños, esas eran unas tierras que habían sido de él y ella las heredó. Gran parte de mi infancia transcurrió allí en el campo, y también en la ciudad, donde mis padres tenían un colegio. Mi padre, como tú sabes, fue un maestro, un educador, se dedicó a la enseñanza durante toda su vida, a la enseñanza en todos los niveles, y mi madre era maestra normalista, de manera que entre los dos tenían un colegio en Matanzas, en el cual comencé mis primeras letras porque el colegio estaba en la propia casa. Y seguí estudiando, en la que llamaron en aquellos años, después de la caída de Machado, la “Academia de los Catedráticos”, porque eran los catedráticos que habían sido expulsados por Machado del Instituto, que la dirigía Arturo Echemendía. Matanzas fue un lugar privilegiado para la educación en esos años; desde luego, en ese sentido ya tenía una tradición, como la tenía también de cultura, de poesía en general; yo creo que los mejores maestros de Cuba estaban en ese momento en Matanzas. Fui alumno de una verdadera pléyade de educadores de primera línea, tuve esa suerte, por eso siempre he creído que la verdadera enseñanza que yo recibí fue la primaria y el comienzo de lo que entonces se llamaba Preparatoria, que fue lo que hice en esta Academia de Arturo Echemendía, hasta que ingresé en el Instituto. Ya después, a los catorce años, vine con mis padres a vivir a La Habana.

*Entrevista realizada, el 10 de mayo de 1980, para el programa *Formalmente informal*.

O. C.: Tus primeras lecturas de aquellos años matanceros, ¿cuáles fueron?

C. V.: Mi casa era, al mismo tiempo que un colegio, una biblioteca, porque mi padre además de maestro era un intelectual, un escritor. En mi casa se reunían los escritores e intelectuales de Matanzas. Él presidió el Grupo Minorista matancero, que era filial del Minorista de La Habana; siempre recuerdo que teniendo yo, no sé, siete u ocho años, estuvo en Matanzas José

Vasconcelos, el gran escritor mexicano, que entonces era un gran revolucionario, cosa que no siguió siendo toda su vida, tuvo un proceso muy extraño, finalmente acabó siendo un conservador, pero en ese momento representaba la revolución mexicana, y recuerdo que se le hizo un recibimiento, se dio un banquete en mi casa, un banquete que le dio el Grupo Minorista, y para mí fue una cosa inolvidable, porque yo nunca había visto tantos notables dentro de mi casa, y además, recuerdo como anécdota interesante que me mandaron a mí, porque yo daba clases entonces de dibujo y pintura en una Academia de un profesor español que se llamaba Tarascó, en Matanzas, y me mandaron con un lienzo blanco a la Academia de Tarascó, para que él pintara la bandera de México, yo fui con mi lienzo allá y regresé con la bandera de México, que la pusieron a presidir aquel banquete, en el cual habló Vasconcelos, habló mi padre, etcétera. Con esto te quiero decir que los libros, tuve esa suerte, estuvieron muy a la mano, me fueron muy familiares desde pequeño. Recuerdo que los primeros libros ya de cierto valor literario que me regalaron mis padres fueron los de la colección Alaluce, una colección que había entonces para niños y jóvenes, que se publicaba en España; pero aparte de eso yo leía al azar todo lo que se me ocurriera de lo que iba encontrando en la biblioteca de mi padre. Ahora, el primer libro realmente formador para mí, pero eso ya fue en La Habana, teniendo yo quince años, fue la *Segunda antología poética*, de Juan Ramón Jiménez. Yo había leído muchas cosas, pero no buena poesía en general; había leído, por ejemplo, muchas obras de Shakespeare, porque como te digo, yo buscaba un poco al azar, me intrigaban algunos libros a veces por la forma misma de ellos, por la encuadernación, etcétera, pero aparte de esta colección Alaluce, que es una buena colección para niños, no había topado con la poesía en serio, hasta que cayó en mis manos este librito, *Segunda antología poética*, que lo tenía mi padre en su biblioteca cuando estábamos viviendo en La Víbora, y ahí fue donde se encendió la pequeña llama.

O. C.: Entonces hablemos un poco de estos primeros años acá en La Habana.

C. V.: En La Habana tuve también la suerte de conocer muy pronto a Eliseo Diego, fuimos condiscípulos en el colegio La Luz, donde curiosamente estaban como profesores muchos de los que habían sido maestros míos en el colegio de Arturo Echemendía. En Matanzas había dos colegios importantes, la Academia de Arturo Echemendía, y La Luz, que dirigía el profesor Añorga, y dio la casualidad que por los mismos años este colegio se mudó a La Habana, de modo que yo vine a caer en La Habana en un colegio matancero, con Añorga, con Pepito Rusiñol, con Loredó, con Calderón, es decir, una serie de profesores de todas las materias básicas también del bachillerato, que fueron nuestros maestros, tanto de Eliseo como míos; yo conocí a Eliseo, teniendo unos catorce años, preparándonos para entrar en el primer año de bachillerato en el Instituto número 1 de La Habana. Esa amistad ha sido pues una amistad de toda la vida; juntos hicimos, en ese colegio La Luz, nuestra primera revista, que prácticamente nadie conoce, porque la tenemos cuidadosamente escondida, que tiene el interés de haber sido una empresa de adolescentes, hecha por él y por mí exclusivamente, no escribía nadie más allí, se llamaba *Luz*, y la hicimos en una imprenta de mala muerte, ahí todo está en prosa, no contiene versos de ninguno de los dos, tiene cuentos y ensayos, o supuestos ensayos, reflexiones, etcétera, tanto de Eliseo como míos. Después pasamos al Instituto, donde hicimos el bachillerato en dos años, porque habíamos sufrido el retraso de los estudios por el cierre de la Universidad durante la lucha contra Machado, y entonces dieron esa oportunidad; después pasamos a la Universidad, para estudiar desdichadamente la carrera de Derecho, que a ninguno de los dos nos gustaba. Y venturosamente conocimos a las hermanitas García Marruz, que fueron nuestras novias y con las cuales nos casamos; pero hicimos una cosa que ya no se estila, que es un noviazgo largo, fuimos novios como cinco años, fueron de los años más felices de nuestras vidas, cinco años que pasamos conversando y paseando y asistiendo muy poco a las clases de Derecho, pero sí por afición a algunas de las clases que más nos interesaban de Filosofía y Letras, que también matriculamos, pero lo que nuestros padres estaban empeñados que estudiáramos era Derecho, por tanto había que darle prioridad a eso; sin embargo íbamos con más gusto, como es lógico, a algunas clases de la escuela de Filosofía y Letras, que por desgracia no nos estimulaban mucho en el aspecto específicamente literario, porque las clases de literatura eran bastante mediocres, pero en cambio habían otras clases que nos interesaban y a

las que asistimos con gusto, como fue, en mi caso, la clase de filosofía, Introducción a la Filosofía, de Jorge Mañach, que era un gran profesor. Y así se formó el primer núcleo de este grupo de amigos, pues además de las dos parejas conocimos, también en la Universidad, a otros dos grandes amigos, que lo han seguido siendo toda la vida: Agustín Pi, a quien llamo “el miembro silencioso del grupo Orígenes”, porque nunca quiso publicar, aunque sospechamos que sí ha escrito bastante, y salvo en su actividad periodística posterior o cuando se lo piden, tampoco como costumbre suya, publica algo; el otro es Octavio Smith. Estos fueron los amigos hechos en la Universidad. Ya Lezama, por ejemplo, había salido de la Universidad cuando nosotros entramos, por lo tanto no lo conocimos allí; yo lo conocí por azar, en la conferencia que dio Fernando de los Ríos en el Aula Magna de la Universidad; esto debe de haber sido en el año 38, año en que yo publiqué mi primer libro, y cuando ya había conocido a Juan Ramón Jiménez, que estuvo aquí exiliado con motivo de la Guerra Civil Española, y fue fundamental para nuestra formación, la de los amigos de los que te hablo, y sobre todo para Fina y para mí; lo conocimos personalmente teniendo ella trece años y yo quince, y realmente fue una experiencia inolvidable. Él fue muy generoso con todos los poetas cubanos, traía una fama de hombre difícil, polémico, intratable, pero en Cuba fue un ángel con todos los poetas de todas las edades, y como es sabido, él propició el encuentro de los poetas, un recital colectivo de poesía, un libro sobre la poesía cubana en el año 36, él quería que se hiciera todos los años, y realmente agrupó, unió a los poetas que estaban dispersos, aislados, solitarios, y estimuló mucho a los jóvenes, y a mí especialmente pues no puedo olvidar que me recibió dos veces en el hotel Vedado, que ahora se llama Victoria, y que por cierto, hemos hablado de eso Roberto Fernández Retamar y yo, el año que viene se celebra el centenario del nacimiento de Juan Ramón, que quizás se pudiera poner una placa en la que se recordara el hecho de que las varias veces que estuvo en La Habana, siempre vivió en el hotel Vedado, allí lo conocimos todos; ahora no sé por qué le cambiaron el nombre al hotel, hay otro hotel que se llama Vedado, por lo tanto, hay una confusión con eso, porque uno dice el hotel Vedado y la gente piensa que es el otro, pero no, estoy hablando del hotel Victoria, que se llamaba Vedado; tenía el comedor, me acuerdo, en el último piso, y allí, en el comedor solitario, o por la tarde, antes de que empezara el servicio, él por dos veces me citó para leer mis poesías de aquella época, que eran malísimas, desde luego, y las organizó, las agrupó, las calificó como si fueran un examen, le ponía un uno a las que le gustaban más, le ponía un dos a las que le gustaban menos, y no le ponía nada a las otras; entonces él prácticamente escogió este librito mío y hasta le puso el título.

O. C.: ¿Este fue tu primer libro?

C. V.: Sí, publicado el año 38, que se llama *Poemas*, pero el título *Luz y sueño* fue escogido por Juan Ramón, que además, me mandó desde Estados Unidos, en uno de los viajes breves que él hizo, una semblanza, como una especie de introducción, de prólogo al libro, autógrafa, con esa letra que parecía árabe, tan bella y tan extraña que él se inventó, me mandó este prólogo al libro, lo cual para mí es algo inolvidable, es lo único que sirve del libro, desde luego. Así que realmente fui afortunado, en todos estos encuentros, en esa época tan combativa de la adolescencia: encontré los amigos enseguida, encontré la mujer enseguida, encontré el maestro enseguida. Y después, como te digo, conocí a Lezama, que también fue en cierta medida un maestro para todos nosotros, en ese acto en el Aula Magna en que le fui presentado, sencillamente, no hablamos nada; yo recuerdo que esa noche incluso yo tenía gripe, tenía fiebre, y tuvimos que escuchar la conferencia de Fernando de los Ríos en el Aula Magna de pie, porque había un público inmenso; después seguimos nuestra amistad, y fue pasando el tiempo, Lezama empezó a hacer sus revistas, en las cuales nos invitó a colaborar, sacó *Espuela de Plata*, en que ya aparecíamos Eliseo y yo, y ya había sacado *Verbum*, pero *Verbum* fue anterior, cuando él estaba todavía en la Universidad, nosotros no colaboramos en *Verbum*, ni lo conocíamos ni teníamos edad para colaborar, y después hicimos juntos Eliseo, Fina, Gastón Baquero, que entonces no era periodista, sino era nada más que poeta, y un pequeño grupo, hicimos también una pequeña revista de poca duración que se llamó *Clavileño*, que llevaba un dibujo de Portocarrero en la portada, hasta que finalmente se fundó *Orígenes*, que fue la que aglutinó realmente, diríamos, las dos promociones de esta generación.

O. C.: A eso quería llegar, a los orígenes de *Orígenes*, del grupo Orígenes y de la revista.

C. V.: Por nuestra parte los orígenes están en estos encuentros universitarios, y además nupciales que hicimos muy pronto, y que diríamos que nuclearon este grupo en la casa de las muchachas, porque nosotros íbamos, como novios, a visitarlas todas las noches, y por otra parte iba Agustín, Octavio, iba también Justo Rodríguez Santos, algunas veces iba Virgilio Piñera, no fuimos nunca muy amigos, pero algunas veces iba. También iba Emilio Ballagas, Oscar Hurtado, Roberto Diago, el pintor, que lamentablemente murió tan joven; no se puede decir que fuese, diríamos, oficialmente una tertulia literaria, pero de hecho lo era, era una reunión informal de amigos, que duró años, y de la cual hablo en es-tas memoria-novela que acabo de publicar, rápidamente y sin nombrar a la gente, para que cada cual tenga que buscar quién era cada uno de los personajes; iban también algunos que no se destacaron después pero que fueron buenos amigos nuestros en aquella época, y que después no siguieron escribiendo; en fin, era una cosa informal y de amigos, este era el grupo de los más jóvenes. Y por otra parte, Lezama tenía sus amigos y sus enemigos, porque en definitiva eran más enemigos que amigos, porque las relaciones de este otro grupo mayor eran muy belicosas, estaban siempre en peleas e intrigas –cosa que no ocurría en nuestro pequeño grupo–, eso hizo que Lezama desarrollara una actitud desconfiada frente al mundo, o al mundillo literario habanero, y acercarse a él era un poco difícil, estaba como un erizo, porque venía de una experiencia muy mala; no tuvo la experiencia tan buena que tuvimos nosotros de la amistad. El grupo de amigos de él, con la excepción, desde luego, del padre Ángel Gaztelu, a quien él conoció antes de ser sacerdote, cuando estudiaba en el Seminario. Gaztelu fue, desde el punto de vista poético, prácticamente formado por Lezama; los otros integrantes de su grupo eran Virgilio Piñera, Gastón Baquero, Guy Pérez Cisneros, un magnífico crítico de arte, los pintores Mariano, Portocarrero, Amelia, pero sobre todo los literatos de ese grupo mayor, pues tuvieron muchas trifulcas, muchos problemas, en los cuales nosotros no intervenimos, y esto hizo que la amistad con Lezama fuera al principio difícil, él estaba como desconfiado, ya había tenido tan malas experiencias que ya no sabía quién era amigo y quién no lo era, hasta que finalmente, el tiempo y las cosas que escribimos sobre él fueron demostrando que le teníamos una gran admiración, que no planteábamos un problema generacional que podíamos, desde el punto de vista cronológico, haber planteado, porque había una diferencia de diez a once años entre Lezama y nosotros, pero lo veíamos con una gran admiración. Recuerdo que yo pronuncié una conferencia que se llamaba “Experiencia de la poesía”, en la que hablaba de mis tres maestros en aquel momento, que habían sido Juan Ramón Jiménez, César Vallejo, y Lezama, y eso a él lo emocionó mucho, me escribió una carta muy hermosa y creo que a partir de ese momento fueron cayendo las murallas de la desconfianza entre nosotros, y se fue estrechando una amistad que también duró toda la vida. En el año 1944 él funda *Orígenes*, donde ya se reúnen los mayores y los menores, y se puede hacer una revista de mayor peso, en la cual, además, colaboraron poetas y escritores más viejos, como fue el caso de Alejo Carpentier, precisamente, que comenzó a publicar sus cuentos en *Orígenes*, su primer cuento realmente, el cuento que le da el arranque a la obra narrativa de Alejo, “Viaje a la semilla”; otros autores de más edad como Florit, como Lino Novás Calvo, etcétera, y también autores de los que fueron apareciendo al paso de los años; en la década de los cincuenta, Roberto Fernández Retamar, Fayad Jamís, Pablo Armando Fernández, etcétera, o sea, más viejos y más jóvenes se fueron incorporando a la revista. Realmente la revista no fue, como muchas veces se dijo, una revista de un grupito cerrado, el índice demuestra que no fue así, desde luego tenía una línea estética, tenía una línea de gusto, porque no se puede hacer una revista que lo abarque todo, cada grupo que hace una revista tiene su línea, pero esa línea fue desde el punto de vista cronológico, muy amplia, porque allí escribieron desde Dulce María Loynaz hasta Fayad Jamís o Roberto, cuando comenzaban, ¿te das cuenta? de manera que incluyó un arco grande de la poesía cubana.

O. C.: Cintio, volviéndonos un poquito atrás, sobre aquel primer libro tuyo de poemas, ¿qué tal fue la acogida por parte de la gente?

C. V.: Ah, fue muy buena, fue muy buena. Yo me acuerdo que estaba enfermo, porque en esa época padecía mucho de gripes recurrentes y bronquitis asmática, fui asmático desde niño, y

acabado de salir el libro, o sea, unas semanas después de salir el libro, me acuerdo que yo estaba enfermo, pero no de gravedad ni nada de eso, y empecé a recibir una cantidad de cartas asombrosas, que iban muy por encima, desde luego, del valor del libro, que fue acogido con mucha simpatía, la verdad que no me puedo quejar de eso.

O. C.: ¿De cuántos ejemplares fue la tirada?

C. V.: Las tiradas entonces eran muy pequeñas; la tirada más grande que hice de un libro, antes de la Revolución, fue de quinientos ejemplares, porque uno mismo tenía, sencillamente, que publicarlos, llevarse para la casa la tirada completa, y si uno tenía ánimos, ir llevándolo a determinadas librerías donde además uno tuviera amistades, porque a muchas librerías no les interesaban estas cosas, solo en algunas, si uno tenía amistad con los libreros, podía ubicar, qué sé yo, cincuenta o sesenta ejemplares y otro tanto en otra, y así, de ahí no pasaba, los demás los regalaba uno, los dedicaba por fuera; sin embargo, como esos libros eran dedicados, tanto en Cuba como fuera de Cuba, personalmente a poetas valiosos, o a críticos, o a centros de cultura, etcétera, se situaban bien, y por lo tanto, a pesar de lo pequeño de la tirada, tenía bastante resonancia la publicación de eso que nosotros hacíamos, y especialmente la revista; la revista también era de pequeña tirada, pero estaba muy bien distribuida, o sea, muy bien situada fuera de Cuba, sobre todo; en Cuba se ponía a la venta y se obsequiaba a algunas personas, no creo que las suscripciones fueran muchas; en realidad la revista se hacía con el aporte económico de José Rodríguez Feo hasta que tuvo un distanciamiento con Lezama y perdimos el capital, entonces tuvimos que hacer lo que llamamos “ponina”, entre los que quedamos haciendo la revista, pero después de ese distanciamiento entre ellos esta revista duró dos años, hasta el 56, es decir, que duró doce años. En cuanto a la acogida de ese primer libro fue realmente muy buena, no así después, ese libro cayó simpático, también tenía el prólogo de Juan Ramón Jiménez, ¿no?, y yo recibí muchas cartas, es uno de los libros por el que yo recibo más cartas; salieron algunas notas críticas todas elogiosas, recuerdo ahora una de Eugenio Florit en la *Revista Hispánica* de la Universidad de Columbia, que dirigía don Federico de Onís. Sin embargo, ya después, estamos en el año 44, cuando se funda *Orígenes*, no fue así; en realidad la revista, tanto como los libros, estuvo rodeada de un ambiente de bastante hostilidad en Cuba; era muy bien comentada fuera de Cuba, pero había mucha indiferencia u hostilidad en torno a la revista y los libros que se publicaban; claro, tenía sus amigos, tenía sus fanáticos, tenía su gente, pero era una minoría, en realidad producía cierta irritación todo lo que nosotros publicábamos, y eso se puso de manifiesto en artículos que salieron en la prensa, inclusive en la polémica que tuvo en un momento dado Lezama con Mañach.

Mañach publicó un artículo en el *Diario de la Marina* que era irónico, sobre la valoración de la poesía de Lezama, y por lo tanto, de todo el grupo y toda la obra de la revista; no puedo decir que fuera un ataque burdo, era una apreciación en la cual se reconocían determinados valores, pero al mismo tiempo se ponía en tela de juicio la orientación misma de todo aquello, y en una forma elegante se ironizaba sobre esa poesía y esa obra que estábamos haciendo desde hacía años en torno a Lezama. Creo yo que Lezama le respondió muy bien, en *Bohemia*, y Mañach le ripostó; yo entré en la polémica, porque hacía alusiones a mí también, a todo el grupo; resultó que nosotros, que nunca habíamos polemizado con nadie, porque una de sus características fue esa, en la revista no hay polémicas con nadie, pero en este caso hubo que polemizar con Mañach, cosa que por otra parte era una especie de deporte nacional entonces, todo el mundo polemizaba con Mañach. Yo recuerdo que Mañach, en un artículo, no sé a propósito de qué, dijo que “tal cosa podían comprenderla hasta los barberos”, y al otro día, o a los dos o tres días apareció una carta de un barbero diciendo que por qué *hasta* los barberos; él tenía el arte de despertar la polémica en todo el mundo, *hasta* en los barberos. Pues también nosotros tuvimos que polemizar con Mañach; pero no es el caso específico de Mañach, sino fue un síntoma; él fue portavoz, diríamos, de una especie de irritación que había en torno a este grupo y a esta revista.

O. C.: Ahora yo quisiera, Cintio, que me hablaras de tus autores favoritos, de antes, de aquella época, de ahora, en fin.

C. V.: Ya hablé, a propósito de esta primera conferencia que yo pronuncié, de tres de los más importantes en esa época de adolescencia y la primera juventud, que fueron Juan Ramón

Jiménez; después, el hallazgo estremecedor de César Vallejo, tan diferente de Juan Ramón, y que abría una dimensión completamente distinta de la poesía, y la obra de Lezama, especialmente su primer libro, *Enemigo rumor*, que también fue un deslumbramiento para nosotros. Pero claro, en la base de todo hay que poner a Martí; los cubanos no debíamos nombrarlo como maestro, porque es como el aire que se respira. No se puede hablar en este caso de influencias ni mucho menos, pero en fin, es un autor raigal en la formación de todos nosotros. Después empecé a conocer bastante la literatura francesa, y descubrí a otro gran monstruo de la poesía contemporánea, que fue Arthur Rimbaud, del cual hice una traducción que la considero como parte de mi obra, la traducción de *Las iluminaciones*, que salió por primera vez en *Orígenes*, después se publicó en libro, y se ha hecho una edición en España también, tuvo una edición aquí en la librería La Tertulia, y ahora van a hacer una en México. Como poeta, te diría que esos son, para mí, los más grandes, junto con San Juan de la Cruz, que está también en los orígenes de la gran poesía clásica española, y que quizás no hablo nunca de él porque me parece que está, como decimos nosotros, “fuera de serie”, ya no se puede parangonar con nada, es el único caso, quizás en la historia de la lengua, de un poeta que todo lo que escribió es antológico.

O. C.: Y ahora vamos a hablar un poco sobre tu obra en general, exceptuando tu último libro, del cual vamos a hablar por separado.

C. V.: Es bien conocida, yo no he hecho nada más que escribir poesía, y después empecé a escribir crítica en un momento, y estas dos cosas, paralelamente, pues las he estado cultivando toda mi vida. El proceso de la poesía pues se lo dejo a los críticos, en este caso no voy a ser yo mi propio crítico. Una vez hice una conferencia que se llama “El violín”, cuando se publicó *Testimonio*, en el año 68, cuando se cumplían treinta años de la publicación de mi primer libro, me pidieron en la biblioteca que diera una conferencia; entonces se estaba dando un ciclo de conferencias de los poetas vistos por sí mismos, o sea, que cada uno de los poetas hablara de su propia obra, fue muy bueno eso, hacían exposiciones de sus libros, de sus fotos, etcétera, y allí pues yo hice el recuento de mis libros y el proceso mío tal como yo lo podía ver, en definitiva eso no es lo que vamos a conversar esta mañana, porque sería muy largo, muy largo.

Fui publicando libros, cuadernos, etcétera, hasta que reuní en el año 1953 todos esos cuadernos anteriores en un libro grande que se titula *Vísperas*, y que incluye desde el 38 hasta el 53, o sea, quince años de escritura poética; y después seguí, hasta que en el 68 publiqué *Testimonios*, con otros quince años; son los dos libros de poesía que yo tengo, porque los otros son cuadernos que incluí en estos dos libros, que son bastante voluminosos. Y ahora está en prensa un libro que se llama *La fecha al pie*, que saldrá por Ediciones Unión, y una antología, una selección de toda la poesía que he escrito o que he intentado escribir, eso por una parte. Por otra parte, como te digo, paralelamente está la crítica; el primer trabajo de crítica creo que fue esa conferencia, “Experiencia de la poesía”, de los años cuarenta, no recuerdo ahora exactamente la fecha; después me fue interesando mucho el estudio de la poesía cubana, no solamente la contemporánea, sino la del siglo XIX, hice la antología del grupo *Orígenes*, *Diez poetas cubanos*, en el año 48; después hice la *Antología de los cincuenta años de la República*, en el año 52. Todas estas antologías me costaron, desde luego, muchísimos dolores de cabeza, porque siempre causaba disgusto entre los excluidos o no incluidos; por muy amplia que sea una antología quedan muchos fuera, sobre todo esta del año 52 fue una verdadera batalla, porque no era una antología sino un panorama, por lo tanto era muy amplio; mi propósito era organizar por tendencias, por corrientes, por escuelas y grupos, la poesía cubana a partir del libro anterior que se publicó en el año 1926, *La poesía moderna en Cuba*, de Fernández de Castro y Félix Lizaso, que fue un libro muy útil, pero desde el 25 hasta el 52 habían ocurrido millones de cosas en poesía que no estaban organizadas, no se había hecho ningún estudio de ese período, y ese fue mi propósito en esa antología del 52, organizar todo eso, dando muestras de los principales o más significativos poetas de cada dirección, sin que fuera rigurosamente una antología, pero claro, eso trajo por consecuencia que muchísimos poetas se irritaron porque no aparecían allí, y otros, porque se suponía que no aparecían con bastantes poemas, bastantes elogios de mi parte, etcétera, eso me costó muchos disgustos, disgustos que duraron toda la vida, porque los rencores literarios no terminan nunca. Por otra parte, empecé a escribir una serie de trabajos críticos que

iba a recoger después del triunfo de la Revolución en un libro que se llama *Crítica sucesiva*, con trabajos escritos antes y después de la Revolución. Y en *Orígenes* escribí muchas notas críticas y finalmente creo que el esfuerzo más grande en este aspecto que hice, fue una serie de conferencias en el Lyceum, en el año 57, en plena lucha contra Batista, que salió publicada en 1958 con el título de *Lo cubano en la poesía*; en realidad, esas conferencias me las pidió Vicentina Antuña, que entonces dirigía el Lyceum, y que pertenecía ella al movimiento de resistencia contra Batista; pero yo no pensaba convertir esas conferencias en un libro, esto fue idea de Samuel Feijóo, que es otro de los grandes amigos de los que no hemos hablado, porque hemos estado hablando del grupo Orígenes y de la revista *Orígenes*, y Samuel, aunque sí colaboró en *Orígenes*, no formaba parte de este grupo ni fue integrante de esta revista; entonces fue el amigo extra Orígenes que yo tuve, y que tengo, y que es uno de los grandes amigos nuestros. Tanto Fina como yo siempre nos hemos enorgullecido realmente de poder ser amigos y disfrutar de la obra de autores muy contradictorios entre sí, y que entre sí no han sido amigos. A nosotros nos ha gustado mucho integrar todo lo valioso, y en este caso Samuel fue siempre un autor muy polémico y muy combatido, pues nosotros lo incorporamos a nuestro corazón sin problemas de ninguna clase y ahí estará para siempre. Entonces él tuvo la idea de que yo hiciera ese libro, de manera que yo empecé esas conferencias de viva voz, sin escribirlas, y en un momento dado, cuando él me dijo que le gustaría que ese libro se publicara por la editorial de la Universidad de Las Villas, que entonces él dirigía, pues entonces empecé a escribir las conferencias, después tuve que escribir las primeras más bien para que estuviera todo, pero en realidad eso está escrito todo, me parece, que en tono bastante conversacional, en un tono como de charla, ¿no?, un tono oral, diríamos, porque no quería yo que perdiera ese tono como de lecciones, de clases. Fue una experiencia inolvidable para mí, el de esas conferencias, porque la situación del país era espantosa, muy angustiada; realmente en el año 57 no parecía haber salida, estábamos metidos como en un nudo de la historia que no se veía cómo se iba a poder deshacer, era la matanza incesante de jóvenes, pero al mismo tiempo la sensación de impotencia, de que aquello no podía realmente triunfar, te estoy hablando con entera sinceridad de nuestra impresión de aquellos años, y especialmente de este año 57; personalmente lo que uno vivía era sencillamente el espanto, la agonía del país, y no se le veía solución a todo aquello; y en medio de eso yo di estas conferencias, que tuvieron un público pequeño pero muy ferviente, y esas conferencias fueron como una especie de comunión en la poesía cubana desde los orígenes hasta nuestros días, y la experiencia de las charlas mismas fue para mí mucho más importante que nada, más importante que la publicación del libro mismo; cada sesión duraba tranquilamente dos horas, o dos horas y media, no había fin para aquello, en definitiva, la gente realmente estaba enfervorizada por la exaltación de los valores patrios, a través de la poesía. Yo creo que por eso tuvo esa temperatura ese ciclo de conferencias que iba más allá de lo literario, en el fondo era un problema político; yo mismo no tenía clara conciencia de eso, pero después me di cuenta de que había sido así, realmente aquello fue un acto político. Entonces teníamos mucha desconfianza a la política, nosotros fuimos una generación que fue calificada de *apolítica*, y realmente no era así, lo que pasaba era que desconfiábamos mucho de la política, nos parecía que ese camino había sido totalmente desprestigiado ya en este país. Nosotros, hay que pensar que surgimos a la vida literaria en el período que comienza después de la muerte de Guiteras, que es la total frustración de la revolución contra Machado, o sea, que aquello se acabó, mataron a Mella, se murió Rubén, murió Pablo de la Torriente Brau, mataron a Guiteras, se acabó la revolución; bueno, Roa lo ha dicho: “la Revolución del 30 se fue a bolina”, esa era la impresión de todo el país, no solamente nuestra. Siempre ha habido minorías de revolucionarios que han conservado la fe, pero nosotros no teníamos ese temperamento, nuestro temperamento era otro, no había un camino político por el que pudiéramos entrar; en el panorama político del país no veíamos absolutamente ninguna opción política, me parece que eso es algo interesante que se sepa. ¿Cuáles eran los partidos? Bueno, los partidos eran el partido de Batista, el partido de Grau, que era un farsante, ahí en la novela yo hablo de la gran ilusión que despertó en nosotros Grau, fue la primera vez que yo voté en mi vida, y aquello fue una cosa multitudinaria, tú lo recordarás perfectamente, fue una votación popular, una gran emoción. Yo me acuerdo que yo salí de casa de Fina, en Neptuno y Galiano, hasta mi casa en La Víbora, caminando esa noche, en medio de una multitud entusiasmada, y sin embargo todo aquello fue un fraude, una

simulación total, y lo que vino después fue lo peor de ese período, empezó el gangsterismo y la corrupción ya en una escala inaudita; después de eso vino el otro, Prío, que era lo mismo, no sé, por ahí, por ese camino no había nada. Por el camino de Batista ni hablar. Por el camino del Partido Socialista Popular había un problema, ya éramos católicos, y eso todavía no se entendía, ni ellos ni nosotros entendíamos la posibilidad de una confluencia; entonces ese camino estaba también segado para nosotros, era donde había gente de más prestigio, lo sabíamos, estaba Nicolás Guillén, estaba Juan Marinello; mi padre, por ejemplo, tenía una extraordinaria devoción por Juan Marinello, una profunda amistad, una gran admiración por él, y eso me lo comunicó a mí, yo entonces no conocía a Marinello, pero a través de mi padre yo conocí la personalidad de Marinello, un hombre de una pureza absoluta y un hombre de gran calidad humana, intelectual de primera línea. Pero había los otros problemas, los problemas de filosofía, de concepción de las cosas, y nosotros estábamos paralizados. Todos estábamos muy aplastados, hay que confesarlo, tuvieron que pasar muchas cosas para que se produjera una posibilidad de colaboración y de confluencia; bueno, tuvo que pasar una Revolución, sencillamente. E incluso, en el campo del catolicismo, el Concilio Vaticano II, Juan XXIII, Camilo Torres, Ernesto Cardenal, muchas cosas que han venido después y que entonces eran realmente inimaginables. Aunque por otra parte cuando digo católicos, no digo que todo el grupo lo fuera, los había totalmente ateos, como es el caso de Virgilio Piñera, que era el más joven de todos. Esto de *católicos* no era, diríamos, una etiqueta que nos cubría a todos ni mucho menos, incluso, los que lo éramos, lo éramos en forma muy diversa, y salvo el padre Gaztelu, que era sacerdote, todos los demás éramos católicos un poco por la libre, no tenía-mos nada que ver ni con la jerarquía, ni con el activismo ca-tólico, la Acción Católica, estábamos completamente al margen de todo eso; el único sacerdote que conocíamos era el padre Gaztelu; y algunos eran católicos desde la infancia y no habían tenido ningún tipo de problemas, como es el caso de Octavio Smith, el de Eliseo, que habían recibido educación católica desde niños y habían seguido siendo católicos; ese no fue el caso de Fina y mío, nosotros no éramos católicos. Mi padre era librepensador, él tenía una formación protestante de joven y después abandonó todo eso, era cristiano, decía él, y librepensador, lo decía y lo era, no tenía nada que ver con ninguna iglesia; inclusive, él no quiso que yo fuera bautizado, porque decía que esa era una cosa que la persona debiera decidirla, entonces fue esa una elección mía efectivamente, o sea, que yo me hice católico en cuanto librepensador porque yo decidí, desde el librepensamiento, hacerme católico, ¿entiendes?, hombre ya. Y ese fue el caso de Fina también, que tampoco recibió educación religiosa de niña ni de adolescente. Así que eran casos diversos. El caso de Lezama era el de un catolicismo no practicante, era un catolicismo que pudiéramos calificar de cultural, aunque él tenía sus convicciones religiosas, pero no fue un practicante tampoco. O sea, no nos caracterizamos por ser un grupo homogéneo, nucleados en una institución, porque cuando la gente dice “un grupo católico” está pensando, por ejemplo, en grupos católicos españoles, que tenían otras características, que estaban muy ligados a la cosa eclesiástica, a la jerarquía, al activismo católico, la institución, nosotros no tuvimos nada que ver con esa institución como tal, nuestro pertenecer al catolicismo fue una cosa personal; también mucho a través de la poesía, de los grandes poetas tanto españoles como franceses, del catolicismo francés, que fue el que más nos influyó. Y en esa situación, en esos años cuarenta, cincuenta, que son los años de la frustración, los años del desencanto, los años en que parecía imposible, ese fue uno de los temas de Orígenes: el imposible. Y es que parecía imposible todo lo que fuese una auténtica regeneración política del país. ¿Pues entonces qué ocurrió?, que no sólo nosotros, sino que gran porción de la intelectualidad cubana se refugió en la creación, así fuese la poesía, o el ensayo, o en la investigación; son años, los años cuarenta y cincuenta, de un crecimiento muy grande de las manifestaciones culturales en el país; es como si el país, que no se podía realizar políticamente, se quisiera realizar culturalmente.

O. C.: Ahora vamos a dar un pequeño salto. Yo quisiera que me hablaras de tu más reciente libro.

C. V.: Ah, sí, después de viejo me he metido a novelista; yo nunca había escrito ni un cuento siquiera, siempre me pareció imposible que yo pudiera entrar en ese terreno, pero de pronto, después de la muerte de Lezama, creo que fue, no sé, el hecho provocador de este impulso hacia

la novela, que me acometió de golpe, inesperadamente para mí. Lezama siempre nos pedía a Finca y a mí que hiciéramos lo que él llamaba “Las memorias de Orígenes”, algo de lo que estamos haciendo informalmente aquí, o sea, que escribiéramos sobre esos años. Él consideraba que eso tenía importancia como un testimonio que nosotros debíamos hacer. Después que él murió, que como tú sabes, murió de una forma tan súbita, tan inesperada, realmente fue un gran golpe para todos nosotros, pues me vino de nuevo esta idea y esta petición que él siempre nos hacía de que escribiéramos las memorias de Orígenes, y empecé a hacer unas memorias; pero pronto me di cuenta de que esas memorias de un grupo de amigos, cómo se conocieron y cómo se fueron integrando, haciendo una revista, etcétera, resultaba un poco hueco, un poco falso, sin el contexto de lo que estaba ocurriendo alrededor de ese grupo, lo que estaba pasando en el país; porque ese grupo no vivía en una isla desierta, ¿no?, vivía en una isla convulsa en la que estaban pasando millones de cosas, y entonces me di cuenta de que era necesario dar ese contexto. Ahora, yo acababa de escribir un libro que publiqué en México, que se llama *Ese sol del mundo moral*, que es una especie de resumen de la historia de Cuba, tratando de darle el mismo valor a la historia política y a la historia cultural, cosas inseparables, creo que lo son, y ese resumen de la historia político-cultural de Cuba desde el punto de vista de la ética, por eso el subtítulo es “Para una historia de la eticidad cubana”. Ya yo había hecho, diríamos, mi pequeña historia de Cuba a través de este libro, y por lo tanto, no podía repetirla en una forma descriptiva, como ya había hecho antes en este ensayo; entonces pensé que la forma más natural de dar el contexto ese sería una trama novelesca a través de la cual se viera la historia del país, esto es, la historia dentro de la cual nosotros estábamos insertados; pero como esa historia tampoco era la historia inmediata solamente, sino también las raíces de esa historia en el siglo pasado, pues la cosa acabó en que tuve que urdir una trama que realmente se remonta a la guerra del 95, y dentro de ella, inclusive, con una retrospectiva, en un momento dado, hacia la guerra del 68, y especialmente hacia la batalla de Las Guásimas, por ejemplo, pero fundamentalmente comenzando por el 95. Mi idea era siempre el mantenerme en un plano lo más autobiográfico posible, en el plano de las memorias. Esta trama novelesca está basada en elementos autobiográficos y en elementos de memorias de mi familia; el arranque de la trama novelesca está en una tía abuela mía, hermana de este general de la Guerra de Independencia del que antes hablé, José María Bolaños, que conspiraba en la calle Peña Pobre en La Habana, y que se llamaba Rosario, Rosario Bolaños, la llamaban *Charo*, *Charito*; era una mujer bellísima a la que yo conocí ya muy mayor, y poco antes de ella morir tuve el gusto de llevarle *Lo cubano en la poesía* con la dedicatoria a su hermano, el libro está dedicado a José María Bolaños. Ella se llamaba Rosario, pero el seudónimo que usaba como conspiradora era *Violeta*; entonces yo inventé un personaje que tenía por nombre el seudónimo de ella, y a partir de esa Violeta que conspiraba en Peña Pobre es que comienza la trama novelesca que llega hasta nuestros días, exactamente hasta la Zafra de los Diez Millones; abarca desde los comienzos de la guerra del 95 hasta la Zafra de los Diez Millones después del triunfo de la Revolución, en dos partes. Yo escribí la primera parte, que termina con el triunfo de la Revolución el primero de enero, o los primeros días de enero, y creí que ya había terminado, pero después me di cuenta que no había terminado, que tenía que seguir porque los personajes querían seguir haciendo cosas, y siguieron, efectivamente, hasta la Zafra de los Diez Millones, y así se completó este libro que yo lo subtítulo “Memoria y novela”, porque contiene los dos elementos; pero yo creo que en definitiva lo que es memoria está novelado, y lo que es novela está fundado en la memoria, así que todo es memoria, y todo es novela. Desde luego, como yo no soy novelista profesional ni mucho menos, no tengo la menor idea de esas cosas que llaman técnicas, procedimientos, he sido sencillamente un lector, y estuve utilizando los procedimientos que cada momento de la novela me iban suscitando, de manera que para mí ha sido una sorpresa este libro, y no sé qué cosas dirán los críticos, me imagino que debe ser un libro bastante ingenuo, pero yo creo en la ingenuidad.

O. C.: ¿Te sientes feliz con esa obra?

C. V.: Ese libro me ha hecho muy feliz, realmente escribirlo fue para mí una experiencia maravillosa.

O. C.: Eso es importante. ¿Qué escribes actualmente, Cintio?

C. V.: Realmente el trabajo que estamos haciendo aquí en el Centro de Estudios Martianos me deja poco tiempo para escribir, porque desde hace dos años y pico, casi tres años, estamos enfrascados en la edición crítica de las *Obras completas* de Martí, un trabajo gigantesco, que realmente me deja no solo poco tiempo, sino pocas energías para otras cosas; sin embargo, siempre se hace algo en el tiempo libre, se escribe en las guaguas, por ejemplo; yo creo que la gente que viaja en guagua, escribe más que la gente que tiene máquina, porque en la guagua tú puedes ir pensando en millones de cosas, mientras que el que va manejando, es difícil que pueda estar haciendo, por ejemplo, una novela, o haciendo un ensayo, o un poema; yo creo que las guaguas son muy útiles para la poesía en general. Y bueno, pues poemas sí siempre uno escribe algunos, y aparte de eso ahora me han encargado, por el Fondo de Cultura Económica de México, una historia de la literatura cubana y una antología de toda la literatura cubana, o sea, dos libros de los breviarios que ellos hacen, que ahora parece los van a hacer en una nueva serie en esta forma; es decir, que de cada país haya una historia y una antología; les he contestado diciéndoles que la historia tendrá que esperar un poco, porque ahora no puedo, eso exige la consulta de una cantidad muy grande de materiales y mucho tiempo; incluso el hecho de que sea un breviario exige más aún, aunque parezca lo contrario, porque sintetizar exige más dominio de una materia que si uno tiene mucho espacio para extenderse, hay que dar como conclusiones, como quintaesencias de las cosas. Ya empecé a hacer la antología, que llevará notas de cada autor y que será una antología de toda la literatura cubana, cosa que nunca se ha hecho.

O. C.: Muchas gracias, Cintio.